

bre de la muger de Caleb fué el que dió ocasion á que *Betleem* ó *Belen* se llamase *Efrata*. En el lib. 1. de los *Paralipóm.*, ( c. 2. v. 19, ) se habla de una muger de Caleb que se llamaba así, mas en ninguna parte se insinua que por ella tuviese *Belen* semejante nombre. Tal vez sea mas cierto que del nombre *Efrat*, con que se distinguia *Belen*, tomó aquella muger el de *Efrata*, como quien dice, la *Efratea* ó natural de *Efrat*. Por lo demas no dejaremos de advertir de paso que suponiendo Voltaire que *Belen* habia recibido de la muger de Caleb el nombre de *Efrata*, da por sentada la existencia de este pueblo en tiempo de Josué; con lo cual aparece poco consiguiente consigo mismo cuando dice que *ni Betleem ni Jerusalem existian aun.*

NOTA LXXV.

SOBRE EL VERS. 31 DEL CAP. XXXVI.

¶ Cl.X. De los reyes de Edom antes que los tuviese Israel.

« Es del todo evidente (VOLTAIRE *ibid.*) que

« estas palabras : antes que tuviesen rey los  
« hijos de Israel, no pudieron ser escritas sino  
« en tiempo de los reyes de Israel; así opina el  
« sabio Le-Clerc, muchos teólogos de Holanda  
« y hasta el sabio Newton.... Es claro que si un  
« autor moderno dijese: *he aquí los reyes que rei-*  
« *naron en España antes que la Alemania tuviese*  
« *siete electores*: todo el mundo convendria en  
« que este autor habia escrito en tiempo de los  
« electores. »

La palabra *rey* en el estilo de aquellos antiguos tiempos no significaba mas que el gefe ó cabeza de nacion ó poblacion, pues vemos que Moises (*Deut.* c. 33. v. 5.) es llamado *rey muy justo al frente de los principales de Israel congregados*. Así es que el testo de la objecion únicamente quiere dar á entender que los idumeos habian tenido ya ocho gefes ó cabezas, antes que los israelitas tuviesen ninguno, ó se hubiesen reunido en cuerpo de nacion. Si esta advertencia se hubiera escrito en tiempo de los reyes, fuera muy inutil, inoportuna y falsa (¿ Cuántos mas gefes que los ocho espresados por Moises habrian tenido ya los idumeos, siguiéndose ordenadamente su sucesion, en el tiempo en que



Israel tuvo ya *reyes?*); mas en la pluma del legislador hebreo tiene todo el sentido y verdad que pueden imaginarse. Habia dicho él que segun las promesas de Dios, los hijos de Esaú serian sometidos á los de Jacob (*Gén. c. 27.*). Ahora hace observar como no se presenta apariencia alguna de que tal cosa haya de suceder, puesto que los idumeos, descendientes de Esaú, eran gente muy poderosa aun antes que los de Jacob figurasen en el mundo ni formasen un estado. Como en la conquista de la tierra prometida no habian de tocar los israelitas en las posesiones de los ismaelitas, idumeos, amonitas ni moabitas, era necesario que Moises pusiese la genealogía de estos pueblos, señalase los límites de su habitacion, y mostrase las razones de la conducta de Dios. Estas listas de poblacion, esta topografía formada por él, estos rasgos de historia que va mezclando, están fundados en mucha razon, y la utilidad de sus pormenores es palpable y conocida. Si no se hubiese escrito esto hasta despues de la conquista ó hasta el tiempo de los reyes ó aun mas adelante, de nada hubiera servido. Muchos de estos pueblos habrian desaparecido ya, ó trasplantádose, ó mudado de nomi-

bre, ó perdido alguna parte de sus territorios. Basta confrontar el cap. 11. del libro de los *Jueces* con el 21. de los *Números* para ver que trescientos años despues de Moises los israelitas defendian la legitimidad de sus posesiones con la esposicion de los hechos contenidos en la historia de Moises. Casi no hay libro en el Antiguo Testamento donde no recuerde el autor hechos, espresiones, promesas y anuncios contenidos en el *Génesis*. Así es que las mismas objeciones que los incrédulos han acumulado contra la autoridad de este libro, vienen á servirle de prueba y para convencer á todo el que no esté preocupado; pues hacen ver que solo Moises pudo escribirle, que estaba bien instruido para hacerlo debidamente, que no ha querido engañar, y que nada ha dicho sin mucha razon.

Establecida así la autenticidad del libro de Moises, que impugna nuestro crítico, restanos contestar á la comparacion tomada de los reyes de España anteriores al establecimiento de los siete *electores* de Alemania. Sin duda alguna, el autor, que tal escribiese, se reputaria con mucha verdad por del tiempo en que ya los ha habido, puesto que este es un título peculiar



del gobierno alemán, el único que los tiene titulares; y no es verosímil que un escritor pudiese adivinar que aquel imperio vendría con el tiempo á tomar una forma, de la cual no se hallaba ejemplo en toda la tierra; pero antes de Moises hasta los pueblos menos numerosos tenían sus reyes ó cabezas, cuando el de Israel carecía de ellos hasta su tiempo.

Podríamos también decir con algunos intérpretes muy sabios que Dios era el rey de quien hablaba Moises, pues estableciendo el Señor su alianza con los hebreos en el Siná ( *Exod. c. 19. v. 6.* ) declara que los mirará como *reino suyo*. Lo cual se espresa también en los *Números*, ( *c. 25. v. 21.* ) por estas palabras: *El Señor Dios de Jacob está con él, y la trompeta del triunfo de su Rey en medio de él*. También Gedeon solicitado por el pueblo para que le gobernase, protestó que Dios era el que los había de dominar ó gobernar (que esto es ser *rey*) y no él ni su hijo ( *Jud. c. 8. v. 22 y 25.* ). Finalmente, cuando los israelitas pidieron un rey, el mismo Dios se muestra y publica como *rey de ellos*, declarando á Samuel, que si lo pedían era para que no reinase sobre ellos el Señor: *ne regnem super eos.*

NOTA LXXVI.

SOBRE LOS VERS. 5 Y SIG. DEL CAP. XXXVII.

2. CLXI. De la historia de José. No está tomada de la historia profana.

La historia de José, hijo de Jacob, y uno de los doce Patriarcas, ha dado materia á un grandísimo número de críticas absurdas, las cuales no prueban otra cosa sino la ignorancia y malignidad de los modernos censores de la historia Sagrada.

Como se les ha figurado hallar alguna semejanza entre muchos sucesos de la vida de este Patriarca y las aventuras de algunos heroes fabulosos, han procurado persuadir que el pueblo judáico había tomado su narracion de los escritores griegos ó árabes. En vano se les ha demostrado que Moises escribió cinco siglos antes que todos los escritores profanos que nos son conocidos: no por eso dejan de repetir á cada paso sus falsas aserciones. Justino que habla de la historia de José, despues de Trogo Pompeyo



(lib. 56.) no la pone en duda. Ella dice relacion con una multitud de hechos que demuestran su realidad. El viage de Jacob á Egipto, llamado por José, la mansion de su posteridad en aquel pais, de la cual hacen memoria los historiadores egipcios; los huesos de José conservados allí por espacio de dos siglos, y luego trasladados á la Palestina y enterrados en Siquem; todo esto forma una cadena indisoluble, la cual no puede ser un conjunto de ficciones.

‡ CLXII. De los sueños en general. Cuando merecen fe y confianza.

La mayor parte de los sucesos de José, dicen los críticos que no están fundados sino sobre sueños que se han querido reputar misteriosos. En un principio fueron los que le anunciaban su futura grandeza, trasportado á Egipto esplica los sueños de dos oficiales; luego despues al mismo rey le da la interpretacion de los sueños que habia tenido, lo cual le vale ser primer ministro de su imperio. Todo esto solo puede servir para autorizar la loca confianza que los pueblos ignorantes han tenido siempre en los ensueños y

delirios, y para dar lugar á los engaños de los impostores.

Respondemos, pues, á estos críticos que la exactitud con que los sucesos correspondieron á todas las circunstancias de los sueños de José y de los que él interpretó (otro tanto debe decirse de los de Abimelec, Jacob, Laban, Nabucodonosor, Daniel, Judas macabeo, y de José, el esposo de la Virgen Maria) no deja lugar alguno á que se dude de su verdad, ó á que se juzgue que son efectos naturales ó ilusiones; y cuantas veces se nos citen sueños tan claros, circunstanciados y puntualmente cumplidos, siendo tales por otra parte que no tengan relacion alguna con las operaciones de la naturaleza, ni su fundamento en las impresiones de ella, no dudamos en asegurar que se las daria crédito muy justamente. Dios es dueño y árbitro de instruir á los hombres del modo que sea de su agrado, ó por sí mismo, ó por sus ángeles, ó por los medios naturales, cuyo curso dirige; pero al mismo tiempo estamos bien persuadidos de que cuando lo hace, procura acompañarlo de tales circunstancias y motivos de persuasion, que no dejan duda de ser el quien obra así. No puede poner



en duda esta verdad quien profese la existencia de Dios y su providencia.

No se sigue de ahí que Dios autoriza la confianza en los sueños en general. En el *Levitico*, (c. 19. v. 26.) y en el *Deuteronomio*, (c. 18. v. 10.) prohíbe Dios á los israelitas observar los sueños. Al impío Manasés se le reprende como un crimen el haber dado en esta superstición (II *Paralip.* c. 33. v. 6.). El *Eclesiastes* (c. 5. v. 2) dice que los sueños pueden causar grandes disgustos; y el autor del *Eclesiástico* advierte (c. 34. v. 7.) que por ellos han cometido muchos grandes yerros.

§ CLXIII. *Algunas reflexiones generales sobre esta materia.*

Un sabio académico (*Hist. de la Acad. de las Inscript.*, tom. XVIII. pág. 124. en 12º.) ha escrito una memoria en la cual prueba haber sido esta una opinión comun á todos los pueblos. Muchos de los mas célebres filósofos, como Pitágoras, Sócrates, Platon, Hipócrates, Porfirio, el emperador Juliano etc. eran tan crédulos en este punto como las mugeres, y aun han tratado

de fundar esta opinion en razones filosóficas.

Bayle, á quien nadie tachará de crédulo ó débil, ha hecho sobre el particular reflexiones muy juiciosas. « Creo, dice (*Dict. crit.* Majus. not. « D.) que de los sueños puede decirse casi lo mismo que de los sortilegios: contienen infinitos « menos misterios de los que cree el pueblo, « pero tambien algunos mas de los que creen « los espíritus fuertes. Los historiadores de todos « tiempos y de todos los paises refieren acerca de « los sueños y de la magia tantos hechos asombrosos que los que se obstinan en negarlo todo, se hacen sospechosos de tener poca sinceridad ó de « carecer del conocimiento que les hiciera discernir y penetrar el valor y mérito de las pruebas. « En admitiendo que Dios ha tenido por conveniente poner algunos espíritus como causa « ocasional de la conducta del hombre con respecto á ciertos acontecimientos, quedan desvanecidas cuantas dificultades se objetan contra los sueños. »

Ocupase luego Bayle en desenvolver las consecuencias de esta hipótesis, y hace ver que en adoptándola quedan sin fuerza las razones con que Ciceron ha impugnado los sueños. « A los



« que creen los sueños, prosigue, les basta po-  
« der contestar á las objeciones, cuando el que  
« niega los hechos, tiene que probar su imposi-  
« bilidad, sin lo cual su causa queda ven-  
« cida. »

No es nuestro ánimo aprobar la teoría de Bayle : solo le citamos para manifestar á los incrédulos que con decidir orgullosamente de todo, ni pueden conocer las respuestas que se pueden dar á sus objeciones, ni las dificultades á que tal vez estarán sujetas. Así es que lejos de mostrar juicio, sensatez y un amor puro de la verdad, no nos dan muestras sino de un orgulloso atolondramiento y de una vana satisfacción y amor de sí mismos. Si llaman en su favor al materialismo, ó piensan hacerse fuertes con él, los remitimos á lo que queda dicho sobre otro punto análogo á este en la nota LXX.

Como los gentiles estaban en la persuasión de que este mundo se hallaba poblado de espíritus, inteligencias ó genios, y que estos obraban todos los fenómenos de la naturaleza y eran la causa del bien ó mal que sucede á los hombres; no podían menos de atribuirles también

los sueños buenos ó malos. Tenemos por consiguiente aquí un hecho con el cual se prueba contra los incrédulos que no es verdad haber provenido del artificio de los impostores, y de las astucias de la gente interesada todos los errores, supersticiones, abusos, absurdos que se conocen en materia de religion. Sin duda ha habido muchos que han sabido sacar partido para su interes, atribuyéndose el talento ó don de interpretar los sueños, hasta formar un arte de ello que llamaron *Oneirocritia*, esto es, *discernimiento de sueños*, la cual es una de las especies de *divinacion*. Pero estos abusos suponen una realidad, así como los errores una verdad.

Creen muchos sabios que este arte comenzó entre los egipcios, ó que á lo menos tuvo entre ellos mucha estimacion. Warburton opina (*Ensayo sobre los geroglif.*) que los primeros intérpretes de sueños no fueron unos impostores ó bellacos, sino que les sucedió lo que á los primeros astrólogos, que fueron los mas supersticiosos y los primeros que cayeron en la ilusion. Hallaron la base de su pretendida ciencia en el language geroglífico de los egipcios. Estos mi-



raban á sus dioses como autores de la ciencia geroglífica.

Sea lo que fuere de esta conjetura, es cierto que José no se sirvió de la *Oneirocritia* para interpretar los sueños de Faraon, los cuales con todos los recursos de este arte no pudieron explicar los sabios ó adivinos del país. Cuando en la Palestina y en sus primeros años tuvo este Patriarca dos sueños que presagiaban su futura grandeza, no conocía á los egipcios; y su padre Jacob, que penetró bien el sentido de ellos, jamas habia estado en Egipto. Cuando interpretó los sueños del copero mayor y del principal panadero de Faraon, no hizo uso alguno de los geroglíficos, antes bien declaró con religiosa sinceridad que solo Dios es á quien pertenecia interpretarlos (*Gen. c. 40, v. 8.*). Y lo mismo sucedió cuando esplicó los de aquel príncipe. Aun cuando fuese cierto que en el language geroglífico las espigas de trigo eran señal de la abundancia, y que las vacas significaban á *Isis*, diosa de Egipto; esto de nada sirviera á José para anunciar los siete años de abundancia á los cuales habian de seguir otros siete de esterilidad. Semejantes sucesos carecian de toda co-

nexion ó dependencia con los sueños que los anunciaban. Los intérpretes egipcios nada pudieron entender ni descifrar por ellos; y José espresamente declara que *Dios sin él contestaría á Faraon*, significándonos que aquella era toda obra de Dios; y el perfecto cumplimiento de lo que José habia dicho, mostró que era así. Por lo demas, no necesitaba José de sueños para conocer las cosas futuras, pues tambien por otros medios sabia Dios manifestárselas, como es de ver en aquel grande anuncio que lizo á sus hermanos, tan perfectamente cumplido en los tiempos que vinieron despues: *Dios os visitará despues de mi muerte y os hará subir de esta tierra á la que juró á Abraham, Isaac y Jacob...., Dios os visitará: llevad con vosotros mis huesos desde este lugar* (*Gen. c. 50, v. 25.*).

Tambien hacian profesion de explicar los sueños los magos caldeos, y no es probable que hubiesen ido á Egipto á aprender este arte. No conocemos ni el método ni las reglas que para esto se forjaron; pero por el modo como Daniel esplicó los sueños de Nabucodonosor se ve que estos fueron sobrenaturales, como lo era



igualmente la ciencia de este Profeta que los interpretó. Y así tanto para saber cuales eran, como para explicarlos, recurrió Daniel á Dios (*Dan. c. 2. v. 18.*), y no á la ciencia de los caldeos.

NOTA LXXVII.

SOBRE LOS VERS. 25 Y SIG. DEL CAP. XXXVII.

§ CLXIV. *Estimacion en que se tenia la vida pastoril.*

« Los comerciantes ismaelitas, dice Voltaire (*Bibl. explic.*) hacian ya comercio de aromas  
« y de esclavos, lo cual prueba ya gran poblacion : los doce hijos de Ismael ya habian  
« producido un inmenso pueblo; y los doce hijos de su sobrino Jacob estaban reducidos á  
« guardar carneros. »

La vida pastoril, tan desestimada entre nosotros, era muy apreciada entre los pueblos antiguos : tenianla por tan noble que de ella tomaban el nombre de *pastores de los pueblos*, con

que distinguian á los reyes. Con él los condecora Homero. Euméo, mayoral de los ganados de Ulises, era hijo del rey de la isla de Esciros en el mar Egéo. Si la vida pastoril ha decaido en nuestros tiempos de la consideracion con que se la miraba en los antiguos; nuestra injusticia no por eso debe prevalecer á la justa estimacion que aquellos hacian. Ann hoy dia los árabes y los tártaros, á imitacion de los antiguos escitas de quienes descienden, se glorian de recorrer las principales regiones del Asia apacentando sus ganados. Los primeros miran con el mayor desprecio á los comerciantes de Damasco, Alepo y el Cairo; y los segundos hacen lo mismo con los de Astracan, Pequín y Moscú.

§ CLXV. *Desvanécese la prueba que da Voltaire de la multiplicacion de los ismaelitas, y una equivocacion suya sobre la palabra cilicio.*

El tráfico de aromas y esclavos que hacian los ismaelitas, puede probar la poblacion y opulencia de Egipto donde los vendian; pero no



la de los mismos ismaelitas. Lo que de ello se infiere muy ciertamente, es que en el desierto de la Siria, donde moraban, encontraban las drogas para su comercio con los egipcios, y que sus continuas correrías les proporcionaban esclavos para traficar.

En la nota XXIII contestamos á las dificultades de Voltaire sobre la inmortalidad del alma, con ocasion de las palabras de Jacob contenidas en el vers. 55 de este capítulo. Solo añadiremos algo sobre la equivocacion suya con respecto á la palabra *cilicio* de que usa la Vulgata en el vers. precedente. « El cilicio (*Bibl. espl.*) con que se cubrió Jacob, rasgados sus vestidos, ha dado nuevas armas á los críticos que pretenden que el Pentateuco ha sido escrito en siglos muy posteriores. El cilicio era una tela de Cilicia; y la Cilicia no fué conocida de los hebreos antes de Esdras. » — Pero esta objecion no puede tener fuerza sino en la suposicion de que el autor del *Genesis* en su testo original se sirviese de la palabra *cilicio*. Pero esta solo se halla en la Vulgata y en la version de los Setenta, para espresar la original, á saber, *sak*, la cual significa simplemente un *saco*, cuyo

término parece haber pasado á varias lenguas vulgares desde la antigua hebrea. Baste haber presentado este rasgo de ignorancia indisimulable; y no hablemos del estravagante origen que atribuye á la palabra *moire* (el *muer* ó *mué*) tegido del pelo de gacel ó de cabra montés, llamado *Mó* en el Asia menor.

NOTA LXXVIII.

SOBRE LOS VERS. 56 DEL CAP. XXXVII.

§ CLXVI. Otra equivocacion sobre las palabras Eunuco y Putifar.

La palabra *Eunuco* que se da á *Putifar* sirve de materia á los críticos para las reflexiones siguientes. « La historia de José (*Bibl. esplíc.*) es muy parecida á la de Belerofon y de Preto, con la de Teséo é Hipólito; y con otras muchas historias griegas y asiáticas. »

En todos los paises y tiempos ha habido mugeres apasionadas, y hombres que ó por virtud ó por indiferencia se han resistido á los deseos de ellas. Aun sin esto, los heroes y prin-



cipes griegos, que el crítico opone á Moises, son muy posteriores á José, y aun al sagrado historiador. ¿Quién sabe si sus historias no son una imitacion de la del casto Patriarca?

« Mas lo que no tiene semejanza, añade, con « ningun pasage de la mitologia, es que Puti- « far fué eunuco y casado. » Dice tambien que tal como era tuvo una hija, pues José se casó con Asenet, hija de Putifar.

Pero los censores impíos confunden dos personajes muy distintos uno de otro: á *Putifar*, el que compró á José, el cual era *principe del ejército ó de los satélites de Faraon* (Gen. c. 39 v. 4); y á *Potiperanj*, con cuya hija se casó el Patriarca; el cual era sacerdote ó tal vez gobernador de Heliópolis (c. 41 v. 45). En el hebreo está palpable la diferencia de los dos nombres.

Mas: segun observa Favorino, autor del siglo XI, la palabra *eunuchos* viene de *Eune* y de *echo*, que significa *tener cuidado ó guardar el lecho*, ó lo interior de una habitacion. En su origen era propiamente un oficial del palacio, y este es ciertamente el sentido de la palabra hebrea *Srim* ó *Serim*, de que se sirve el testo original. En los tiempos sucesivos, y entre las

naciones corrompidas, los zelos inspiraron á los príncipes y personas de poder el pensamiento de tomar para su servicio hombres á quienes con este fin degradaban de su condicion por medio del *eunuquismo*, tomado en el sentido de ahora. Putifar por consiguiente pudo tener muger é hijos *sin imitar á los eunucos de Agra y de Constantinopla*.

NOTA LXXIX.

SOBRE EL CAP XXXVIII.

§ CLXVII. *De Tamar y sus dos maridos. Crímenes de ellos castigados. Tamar incestuosa. Castigo decretado contra ella por Judas.*

Tamar, cananea de nacimiento, es decir, natural de un pueblo donde el vicio era hereditario, entra contra la orden de Dios en una familia, en la cual reinó gran corrupcion de costumbres. Su primer marido llamado *Hor* fué un *hombre perverso á los ojos de Dios*, el cual le quitó la vida. *Onan*, su hermano, obligado á casarse con ella por una ley que existia ya antes